

Miguel Arteche

Reunión a medianoche



A magia de la oscura y solitaria primavera
del río profundo ha surgido, de la tierra
[dormida.

Es de noche, tiembla un extraño viento.
[Todos

están sentados junto a una mesa desierta.

Y escupe, suavemente, entre los cuerpos viejos,
la primavera oculta que regresa a la tierra.

No hay servidores dentro. Pero nadie se mueve.

Tal vez en los cabellos canosos una mano
mueve las viejas sienas. Todos se miran. Callan.

Es una casa oscura a la que todos vuelven
y en la que todos callan. Las copas están llenas.

Mas nadie escancia. Rígidos los cuerpos se adormecen.

Todos buscaron algo y esto es lo que han hallado:
una mesa sin pan, un tribunal de cosas
podridas, un acento empañado de lujuria

seca y muerta. La magia de la oscura
ha regresado, pero en sus rostros nada importa.
Es de noche y todos tiemblan. Se estremecen
por el regreso a la casa del tiempo y la distancia.

Se afanaron por el poder, por el magnético signo
que arrastra muchedumbres. Desde el pecho reseco
bajaron, momificados, medallas y compromisos.
Todos buscaron algo, tras las cortinas sedosas,
aquello que no duraba, mas relucía entonces.
Todos están marchitos pero nadie lo sabe:
el que habla de la miseria demacrada y sonríe
y come todos los días y tiene cuatro queridas
y está lleno de cerdos y dice que Dios no existe
porque eso está de moda y tiene que hablar ahora
en el partido de eso, de eso precisamente,
y es poeta. Todos están. También el que ha nombrado
a Dios para gozar de posición y riqueza
y dice que Dios existe porque eso está de moda
también. Todos están y nadie ha faltado a la cita:
el traidor y el canalla, la mujer adulta, el joven
onanista, la adúltera sigilosa, el amigo
fiel, la honrada y la prostituta, el banquero,
el albañil con sus más y sus menos,
y los otros. Todos, todos esperan el viento de la
[muerte.
Ya nadie busca nada. Una polilla —monstruosa e
[invisible—

roe las viejas telas. Los muslos no se estremecen
por lascivos relámpagos. Es medianoche. Es hora
de brindar con un vino espectral. Tiemblan las manos.

La madrugada surge de las sillas vacías.